

«económico de Dios, sobrio, justo, santo, continente, amigo de la hospitalidad, benigno, prudente, respetable, modesto y sábio, para que pueda exhortar según doctrina sana, y convencer á los que contradicen. En una palabra, ha de ser en todo dechado de buenas obras en la doctrina, en la pureza de las costumbres, en la gravedad, en la conversacion sana é irreprochable, para que los contrarios se confundan y no tengan que decir de él «nada malo» (1).

Hé aquí el retrato de un perfecto Obispo católico: hé aquí lo que han sido y son la generalidad de los que han ocupado en la Iglesia esta dignidad. Para llegar á tal altura se necesita una larga carrera de méritos y servicios á la causa católica, se necesita una vida laboriosa, activa y sin tacha, se necesita haber dado repetidas y distinguidas pruebas de prudencia, de ciencia y de virtud. Si ha habido algunos Obispos poco dignos, fué en aquellos tiempos perturbados en que prevaleciendo las facciones, ascendían á la silla episcopal por la violencia ó la simonía, protegidos por los emperadores y los príncipes. La Iglesia no es responsable de aquellos excesos que han manchado algunas páginas de su historia, cuando ella no lo ha podido evitar. Por esta razón ha defendido siempre con tanto empeño la libertad de las elecciones eclesiásticas, y de aquí provinieron las cuestiones sobre las investiduras, y las tenaces luchas entre el sacerdocio y el imperio.

Nadie puede negar á la generalidad de los Obispos de todos los siglos la ciencia y la virtud. Tan conocido es esto de todos, que podemos dispensarnos de demostrarlo. La historia de todos los Obispos puede encerrarse en unas breves líneas, ¡tan semejantes son en los rasgos principales! Es un anciano lleno de piedad y de instruccion, de prudencia, de caridad y de desprendimiento absoluto. Su vida, su ciencia, su fortuna, todo en él y fuera de él, todo lo que le pertenece de algun modo, está por lo mismo á

(1) I *Tim.* III, 1 y sig.—*Tit.* I, 7; II, 7.

disposicion de todos, y especialmente de los pobres. Es el padre universal de su diócesis, y con mirada solícita, investiga las necesidades para remediarlas según sus fuerzas. Vela sobre la educacion del Clero, sobre sus costumbres y sobre el cumplimiento de sus deberes, y le envía á donde hay necesidad de su ministerio. Vela también sobre la moralidad de los pueblos, y su bienestar material, sobre las comunidades, sobre las escuelas, sobre los hospitales, sobre las cárceles, y extiende á todo su afectuosa solicitud. Es el que anima toda obra buena, protege toda empresa útil y fomenta todo pensamiento benéfico, y no hay iniciativa generosa que él no desarrolle, y en la cual no tome la parte más activa. Instruye de palabra y por escrito, aconseja, reprende, corrige, y es el centinela avanzado contra el vicio y el error. Después de una vida celosa, llena de santas obras y de graves atenciones, espira dulcemente: su muerte es llorada por los pobres, que acompañan su féretro y bendicen su nombre.

Los monumentos sagrados, obras maestras del arte, que son el mejor adorno de las ciudades católicas, casi todos han sido fundados, amplificados ó conservados por el génio episcopal. Hasta las ruinas venerables de monumentos de los primeros siglos, que ofrecen todavía tantas bellezas á la admiracion de los inteligentes, han sido preservadas de una destruccion completa ó devueltas en lo posible á su esplendor primitivo por el celo episcopal.

Las universidades, los colegios, los hospitales, las obras de caridad y de utilidad pública, reconocen á los Obispos por patronos ó por bienhechores.

Si alguna calamidad aflige á su diócesis, ellos son los primeros en volar á remediar sus estragos, á atajar sus progresos, ó á consolar á las víctimas. En caso de peste no han temido el peligro, y han volado á socorrer á los invadidos, proporcionando recursos, asistencia y medicinas. Todo el mundo recuerda lo que hicieron los Obispos españoles en la época del *cólera*. Su generoso heroísmo excitó la admiracion hasta de los mayores enemigos del Clero. En caso de hambre pública venden hasta su vajilla para

socorrer á los pobres, y crean recursos que solo sabe hallar el celo y la caridad. En caso de guerra, alientan el valor del ejército, y allegan recursos para los heridos, como sucedió en nuestra gloriosa campaña de Africa. En caso de inundacion, excitan la caridad á favor de las víctimas como sucedió recientemente en la de Tudela. En una palabra, el Obispo, como su divino maestro, pasa sobre la tierra haciendo bien.

Ya hemos visto en otro lugar que los Obispos han sido los más constantes defensores de los derechos y las libertades populares.

«Los enemigos del Clero han declamado con frecuencia contra la autoridad civil de que los Obispos estuvieron revestidos; si se hubieran tomado el trabajo de subir hasta el origen, se habrían visto obligados á reconocer que no era en manera alguna, ni odiosa, ni ilegítima. Ya anteriormente, bajo el reinado de los emperadores romanos en las Galias, los Obispos tenían mucha autoridad en los negocios civiles, no como pastores, sino como principales ciudadanos, y por tales se les juzgó desde que poseyeron vastos dominios. Por la misma razon fueron investidos del título de *defensores de las ciudades*, encargados de sostener los intereses del pueblo para con los magistrados, los grandes y el soberano. Cuando se verificaban las elecciones, el pueblo prefería para el episcopado á aquellos que por su nacimiento, sus talentos y su crédito, se hallaban en mejor estado de defender sus derechos y apoyar sus solicitudes. Luégo que los soberanos dispusieron de los Obispados, dieron tambien la preferencia á los grandes y nobles para desempeñar estos puestos importantes. Era, por consiguiente, imposible que, á pesar de todas las revoluciones, los Obispos no fuesen siempre unos personajes importantes en el orden civil.»

A veces ejercían su influencia en más vasta escala, llamados al consejo de los reyes y al gobierno de las naciones. El estado episcopal es muy propio para formar hábiles ministros y hombres de Estado notables, porque se adquiere en él un profundo conocimiento del corazón huma-

no y de las verdaderas necesidades de los pueblos. Generalmente hablando, los Obispos tienen ideas más grandes, más elevadas, una probidad más incontestable y un desprendimiento de las cosas del mundo más sincero que los otros hombres. Por su carácter y posicion están más libres de la influencia de los intereses particulares de familia y de partido, que están casi siempre en oposicion con los intereses de la pátria, y hasta el mismo carácter augusto de que están investidos parece comunicar algo de sagrado á sus actos políticos.

Por eso, todos los Prelados que han estado encargados de la direccion de los negocios públicos, han ejercido la influencia más benéfica en la prosperidad de sus naciones. España bendice todavía el nombre y la administracion del Cardenal Ximenez de Cisneros. Despues de su muerte sus amigos y sus enemigos confesaron que España no había producido jamás hombre más grande, y que ha habido pocos hombres en el mundo con mejores dotes de gobierno y que mejor supieran hacer uso de ellas (1). Bajo el gobierno de este inmortal Prelado florecieron en España la religion, las ciencias, las artes y el comercio, y llegó la nacion al mayor apogeo de su prosperidad. Ministro como no se ha conocido otro, empleó sus propias rentas en las necesidades del Estado, sin ambicionar otro premio que la satisfaccion de heberle servido bien. La historia civil y eclesiástica de España, en los primeros años del siglo XVI, está resumida en este hombre extraordinario, que con su actividad y su talento lo llenaba todo. Reformó al Clero, fundó la universidad de Alcalá, muchos colegios y hospitales y llevó á cabo la gigantesca obra de la *Biblia políglota*, y, por último, contribuyó eficazmente á establecer en España la unidad religiosa. Él reprimió las turbulencias de la nobleza, hizo á su costa la importante conquista de Orán, uno

(1) No se sabe, dice Flechier, si fué mayor su penetracion para conocer los negocios ó su valor para emprenderlos, su firmeza en sostenerlos y su talento y fortuna para acabarlos.

de los mejores depósitos del comercio de Levante, aseguró las conquistas del Nuevo Mundo, y fué el principal agente de la agregacion del reino de Navarra á la corona de España. A él se debe la primera idea de un ejército permanente, el armamento de las milicias de Castilla, el arreglo de la Hacienda y otra multitud de grandes hechos que merecerán para siempre el reconocimiento de la pátria y la admiracion de la posteridad. La breve administracion del Cardenal Portocarrero, en tiempo de Felipe V, fué notable por su celo en introducir reformas que aliviassen la difícil situacion del Estado.

En Francia no hubo jamás un ministro tan amado y bendecido del pueblo como el Cardenal de Amboisse, Este poseyó toda la confianza de Luis XII, amó al pueblo como un padre, conservó una larga paz y disminuyó notablemente los impuestos, y en suma, gobernó con la mayor prudencia, moderacion y desinterés. El célebre Richelieu tenía mucho del génio de Cisneros, aunque no tuviera sus grandes virtudes. Los grandes servicios que éste hizo á la Francia no pueden jamás ser olvidados. Él la libertó de la opresion de los nobles y robusteció la autoridad real, protegió las letras y las artes, y por su hábil política colocó á la Francia á la cabeza de las naciones de Europa. El Cardenal Mazarino se distinguió por un talento particular para conocer á los hombres y para negociaciones diplomáticas, y en medio de las turbulencias de su época, hizo próspera á la Francia y la aumentó con ricas provincias. Atacado por numerosos enemigos, no usó jamás de su poder para derramar una sola gota de sangre. Por último, con sus sábias medidas preparó el feliz y glorioso reinado de Luis XIV. Si fuéramos á citar todos los Prelados que ejercieron una influencia notable en los Gobiernos de las naciones, la simple enumeracion de sus nombres llenaría un volúmen.

Bajo cualquier aspecto que se consideren los Obispos, sea en la plenitud del sacerdocio ejerciendo sus augustas funciones, sea en la visita pastoral, sea como escritores, sea en sus obras de caridad, sea en su vida privada, sea en

sus relaciones sociales, sea en sus actos políticos, aparecen como hombres distinguidos y superiores.

¿Quién sino la Iglesia puede formar semejantes hombres en toda la duracion de los siglos y en todas las naciones? Porque no se puede dudar que éstos deben su grandeza al Catolicismo, que los reviste de su carácter augusto y llena sus actos de majestad.

Sí, lo repetimos con noble orgullo una vez más. Considerando los hombres que forma, aparece admirable y divina nuestra santa religion. Es, por lo tanto, la única religion digna del hombre, porque le engrandece, le eleva y le hace respetable y útil á sus semejantes en esta vida y despues de ella le lleva á la eterna felicidad.

#### § VI.—*El Párroco.*

Lo que es el Obispo en su diócesis es el Párroco en su parroquia: lo que aquél hace en una escala más vasta, éste lo hace de un modo más limitado y modesto, pero no ménos provechoso.

Una de las más nobles figuras de la Iglesia católica es el humilde Cura párroco, que vive y muere desconocido, semejante á aquellos árboles que dan su fruto abundante en una pradera retirada. Sin embargo, bajo el nombre comun de *Cura párroco*, excita en todos los corazones sentimientos de estimacion y benevolencia. Aun los escritores más hostiles á la religion, rinden un tributo de respeto y admiracion á este pobre ministro, que es en los pueblos la imágen del buen pastor y santifica con su presencia todos los actos de la vida.

El Párroco es como un miembro de todas las familias, que participa de todas las alegrías y todos los pesares de sus feligreses. Él es testigo del regocijo que causa el nacimiento de un niño y toma parte en la comun alegría, y á continuacion se ve precisado á consolar el dolor de los hijos que acaban de perder á su padre: ahora asiste al banquete de boda de dos jóvenes esposos y bendice su risueña felicidad, y en seguida está á la cabecera del moribundo

sosteniéndole en su agonía: unas veces escucha los lamentos de la pobre viuda, y otras se regocija en la inocencia de los niños que hacen su primera comunión; tan pronto da reglas á una alma virtuosa para que adelante en el camino de la perfección, como reprende al esposo adúltero ó al padre disipador.

Sus feligreses le saludan con el dulce nombre de padre y consultan con él sus proyectos, sus empresas, sus viajes y los matrimonios de sus hijos, porque es verdaderamente el padre y el maestro y el consejero universal. Los pobres acuden á él como á la Providencia, porque su puerta está abierta para todos; no es rico, pero parte su pan con todos los hambrientos y tiene sus modestos haberes á disposición de todos los necesitados. Solo Dios sabe el número de los dichosos que hace silenciosamente el bondadoso Párroco, la paz que devuelve á las familias, las honras que salva, los crímenes que evita y las miserias que socorre. Haciendo el bien en abundancia, se concilia la gratitud y el afecto filial de sus parroquianos, quienes no solo le profesan aquel respeto que se merece por el sagrado carácter que le adorna, sino también aquella sincera veneración que acompaña siempre á los hombres de virtud sublime que consagran su vida celosamente al bien de sus semejantes.

El procura portarse de manera que su conducta sea el modelo y la edificación de su parroquia. Se descubre en sus acciones y en sus modales una mezcla de sencillez y de nobleza, de afabilidad y de reserva, de confianza y de prudencia que le atrae todos los corazones. Es piadoso, modesto, sobrio y caritativo, y está siempre dispuesto á servir á los que le buscan. Por sus amables virtudes es el hombre del pueblo y todos se le acercan; por su carácter sagrado es el hombre de Dios y todos le veneran.

Acabamos de describir el Párroco perfecto, tal como procura la Iglesia que lo sean todos. Siendo así el Párroco, y lo es en la generalidad, si bien es preciso confesar que hay algunas tristes excepciones, es uno de los personajes más importantes y útiles para la Iglesia y para el Estado, porque depende de él la instrucción y la moralidad de los

pueblos. Su misión es una instrucción continuada que da á sus ovejas. En la Iglesia les enseña las verdades eternas, los principios sólidos de la fe y de la moral, y fuera de ella aprovecha todas las ocasiones para ilustrar y moralizar á sus fieles. De sus labios sale la dulce persuasión, la exhortación y el consejo con palabras llenas de caridad, sencillez y buen sentido. A veces sus instrucciones consisten en una reflexión, en una palabra, que suele producir más fruto que un largo discurso. La moralidad de las costumbres depende en gran parte de su celo, y la experiencia acredita que según sea el Párroco son las costumbres de su pueblo. Acontece con frecuencia que va un Párroco instruido, celoso y activo á un pueblo corrompido, y por sus desvelos se observa en breve que este pueblo cambia de faz, y se reforman sus costumbres, de lo cual se pueden citar innumerables ejemplos. No hay mejora que el Párroco no pueda introducir, no hay daño que no pueda remediar, no hay abuso que no pueda cortar si los Gobiernos protegieran su influencia bienhechora. Si conocieran bien éstos la importancia del Cura párroco y los beneficios que hace, no solo en el orden espiritual, sino también en el temporal, es seguro que no le tendrían tan postergado.

Hay que notar para nuestro propósito que el bien que hacen los Párrocos es precisamente como ministros de la Iglesia, que les confía su misión. Quitada al Párroco su carácter de tal, y queda reducido á una persona privada, incapaz de ejercer ninguna influencia en el ánimo de sus vecinos. No será más que un simple Sacerdote que á lo sumo podrá edificar al pueblo con su buen ejemplo y socorrer á los pobres. Pero el Párroco obra en nombre de la Iglesia, mejor dicho, es un instrumento por cuyo medio aplica la Iglesia su influencia universal. El mérito del Párroco consiste en ser tal como la Iglesia lo forma, en obrar tal como la Iglesia le prescribe. De modo que todo lo bueno de los Párrocos se debe á la Iglesia que los mueve, y si alguno hace algo malo, no es responsable la Iglesia, porque obra contra sus órdenes y sus prescripciones.

Con sola esta reflexión se descubre de una sola ojeada la

importancia y extension de la accion civilizadora de la Iglesia en todos los siglos. Pocos púeblos hay, por insignificantes que sean, que no tengan su Párroco, y que no deban á la accion lenta y continuada de éste su mayor prosperidad. Es tanto más eficaz y saludable esta influencia, cuanto que se ejerce en nombre de la religion, y se halla íntimamente enlazada con su ejercicio, que es el sentimiento más vivo de los puebls.

Aunque el Catolicismo no pudiera presentar otros hombres que le honren, sino los Párrocos, bastaría para acreditar su vida sobrenatural, y para merecer la consideracion y las bendiciones de la sociedad (1).

## CAPITULO V.

### El pueblo.

El Catolicismo es, por excelencia, la religion popular, la religion del pueblo y para el pueblo; tanto para la felicidad eterna como para el bienestar temporal. Esta es una verdad demostrada por la experiencia de diez y nueve siglos, y reconocida por todos los escritores imparciales.

A pesar de todo, se ha hecho comun en nuestros tiempos lamentarse de la infelicidad y la miseria del pueblo en los países católicos, y, al mismo tiempo, ensalzar la cultura y prosperidad de los países protestantes, vertiendo, en consecuencia, amargas quejas contra la Iglesia ó acusándola paladinamente de ser una rémora para el bienestar de los hombres.

Aunque en la tercera parte de esta obra dejamos ya extensamente probado lo contrario con los irrecusables ar-

(1) Sobre el origen y derechos de los Párrocos, véase el Cardenal de La Lucerna, *Disertacion sobre los derechos y los deberes de los Obispos y de los Curas*. Véase tambien el artículo *Parroquia*, adicionado al Diccionario Teológico de Bergier.

gumentos de la historia y de la recta razon (1), trataremos aquí la cuestion más directamente en el mismo terreno que la colocan los adversarios.

Demostraremos que el pueblo católico, formado bajo la direccion y la influencia de la Iglesia, es más virtuoso y más feliz que los puebls protestantes.

Comparemos la condicion de los puebls católicos y no católicos bajo el punto de vista de su *instruccion*, de su *moralidad* y de su *prosperidad material*.

### § I.—Instruccion.

Los puebls católicos son en general más instruidos que los puebls protestantes.

1.º Hemos probado que la Iglesia católica es altamente favorable al desarrollo de la inteligencia y protectora de los progresos de las ciencias y de las letras. Esto, como es natural, ha de ceder principalmente en beneficio de sus hijos, en quienes su accion no encuentra obstáculos. Por el contrario, la reforma es un gérmen fecundo de errores, y, por lo tanto, los esparce entre sus sectarios.

2.º La Iglesia desempeña incansablemente su ministerio de enseñar; su vida puede decirse que es una enseñanza continua. En este punto ha empleado siempre los mayores desvelos, como no ignoran sus enemigos. Por lo tanto, hemos de admitir que esta enseñanza produce sus frutos en el pueblo, á no suponer que todos los católicos son estúpidos. Al revés sucede con las sectas, que por sus principios tienen que abandonar á cada uno á su espíritu privado.

3.º Hemos visto que el Catolicismo produce los hombres más sábios en todos los ramos del saber. Estos hombres salen en su mayor parte del pueblo, lo cual supone en éste una instruccion muy generalizada y que halla expeditos y fáciles los caminos de la ciencia. Por otra parte, no puede

(1) En varios lugares, especialmente en el cap. 2.º, párrafo 1.º, cap. 6.º dup. y cap. 7.º